

El poeta Enrique Lihn

MARIO RODRIGUEZ*

El martes 12 de julio, en pleno invierno, el cuerpo de Enrique Lihn bajó a la tierra en el año 59 de su edad. La muerte lo atrapó después de varias tentativas, estuvo a punto de hacerlo en Barcelona, en Nueva York. Lo consiguió, por fin, en el brumoso Santiago de Chile. Y Enrique parecía tan joven, tan fuerte, tan irónicamente vital. Uno nunca pensó que estaba próximo a la muerte, creíamos tener Lihn para rato.

Escribir estas líneas parece vano, contradictorio con el espíritu mordaz de Enrique, que se burlaba de los ritos funerarios y de los elogios post-mortem, pero no carece de un sentido importante. En una entrevista concedida al periodista Max Wenger, como actividad de un seminario con el profesor Dieter Oelker, el propio Lihn reconocía que los únicos comentarios importantes de sus últimos textos eran los hechos por profesores de la Universidad de Concepción para el diario *El Sur*. Yo guardo una carta de Enrique, en la que me dice que ha leído mi crónica sobre *Al bello aparecer de este lucero*, escrita para *El Sur*, y que ella lo estimula frente al silencio santiaguino, especialmente el de *El Mercurio*, que no ha dado cuenta ni en el menor de los párrafos de su página literaria de la aparición del libro. Me escribe: *La pena de extrañamiento que ha caído sobre mí es total, pareciera que hay orden de no referirse a mí.*

*MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. Profesor de Literatura Contemporánea en la Universidad de Concepción. Escritor y ensayista. (Ver *Atenea* 456, pág. 85).

Publicar un recuerdo de Lihn puede ser una señal ciega, enviada a un interlocutor que ya no existe, pero puede ser también una reafirmación del rechazo que siempre nos mereció el desconocimiento calculado que rodeó los últimos años del poeta. Lo trágico es que este silencio crítico provino no de un solo sector, sino de varios, y todavía más, de sectores opuestos. Los críticos conservadores nunca pudieron tolerar el descreimiento, la ironía desencantada, la perseguida falta de trascendencia, el obstinado rechazo metafísico y las consecuentes imágenes *perversas* de la poesía de Lihn. Ejemplar en este rechazo ideológico y casi visceral, al mismo tiempo, fue la actitud de Ignacio Valente, el conocido sacerdote jesuita que hace la crítica literaria en *El Mercurio*.

En el otro extremo, muchos críticos de izquierda, imbuidos todavía de las deleznables prácticas estalinistas, jamás pudieron tolerar la rebelde negativa de Enrique —teñida de ironía y de sarcasmo— a enrolarse en las filas de los militantes *consecuentes y valientes* que presumen que la literatura sólo tiene valor cuando expresa las ideologías revolucionarias, cuando se transforma en una denuncia política directa y en una apología del *héroe positivo*, excluyendo al *héroe enlutado* del cual habla Lautréamont.

Desgraciadamente, el culto mistificador de una zona militante de la poesía de Neruda, representada paradigmáticamente por su poema a Stalin, junto con significar una reducción intolerable de la variedad y multiplicidad antimannequista del canto nerudiano, ha llevado a vastos conglomerados de lectores, especialmente juveniles, a la convicción de que el poeta debe ser necesariamente un servidor de la causa, un adalid del partido. Craso error, que se funda en la supuesta transparencia de la realidad y del lenguaje, que permitiría distinguir con facilidad entre la verdad y la mentira, los victimarios y las víctimas, los héroes y los antihéroes. Por ello, cuando aparece un poeta como Lihn, que da cuenta del carácter impenetrable de lo real, de la esencial ambigüedad de la existencia, de la muerte de las utopías, de la perversidad de las ideologías, es confinado al espacio de los poetas malditos, de los descreídos que corroen el mito de que la poesía está ahí para confortar y exaltar directamente a los oprimidos y castigar a los opresores. La defensa del mito pasa necesariamente por la condena de los desmitificadores. Las fobias de los intelectuales de derecha y los resabios estalinistas de los de izquierda condenaron a Lihn a habitar la marginalidad poética. El maniqueísmo dramático que ha asolado a este país desde los años setenta encontró su víctima propiciatoria en la figura conmovedora de Enrique Lihn.

Pero el poeta, aceptando la marginalidad, la pena de extrañamiento recaída sobre él, dio testimonio de una insobornable vocación poética, asumiendo a su manera, desde su condición de sujeto fragmentado o a través

de un lenguaje paródico, la desconstrucción de los lenguajes autoritarios políticos y culturales, buscando, al mismo tiempo, sus propias señales de identidad.

Y el reconocimiento que no encontró en su patria lo obtuvo, con una lógica repetida, pero no por ello menos implacable, afuera. Premios, becas, invitaciones, tesis doctorales sobre su poesía, traducciones, lectores fervientes, críticas entusiastas, lo confirman. En el extranjero, Enrique Lihn ha sido leído con el amor que exige la gran poesía; aquí, con sospecha y aun con odio, a excepción de unos pocos.

Para mí, este poeta amargo, corrosivo, reflexivo y antiutópico es la más grande figura que aparece en la lírica chilena después de Nicanor Parra. No hay otro como él.

Tal vez el destino de Enrique esté explicado en la frase de Benedetti, que ha afirmado que en la poesía hispanoamericana existen dos grandes familias: *la familia Neruda y la familia Vallejo*. Enrique Lihn pertenece en plenitud, por lenguaje y estructura anímica, a la familia vallejiana, a la de los desamparados, los solitarios, los atormentados; a los que reciben sin saber por qué esos grandes golpes de la vida, que *son pocos, pero son...* y que *abren zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte*, como escribió Vallejo.

También a Lihn muchos *le daban con un palo y duro*. Tuvo, sin embargo, un puñado de amigos fieles que, bajo la figura patriarcal de Nicanor Parra, lo acompañaron ese acongojante martes 12. Como dolorosamente no pude estar ahí, desde estas páginas que lo acogieron yo le envío un saludo por sobre la muerte y el tiempo. Sólo unas cuantas líneas, escritas como él lo hizo en *Pena de Extrañamiento*, con el canto de la goma de borrar.